

LA PINTURA AUDAZ Y ROMANTICA DE MARIA TERESA BEDÓS

MARÍA Teresa Bedós de Núñez es una artista que lleva pintando cuarenta años, y cuando expuso por primera vez en Barcelona, Pruna exclamó: «¡Quiero conocer a este muchachote!»

Hay dos vertientes, dos personalidades en la pintura de María Teresa. Una es violenta, de aguafuerte; la otra, suave, delicada, de mujer. Al intentar comprender su obra se plantea este problema de diferenciación y análisis. Pero la artista no hace esto para ahogar un estilo que la limite. Es causa temperamental, de proceso anímico.

Su obra inicial era un tanto barroca. Hoy está desprendida de ese resabio grandilocuente y enfático muy dado en algunos artistas de épocas pasadas. No existe morbosidad en su realismo. Según interese el tema se acerca o se escapa de él proyectando casi siempre su obra hacia temas marineros, costumbristas. Emplea indistintamente la técnica del claroscuro o el contorno simple, que se sobrepone por su gran fuerza espiritual.

Hay otras facetas importantes en María Teresa Bedós: la danza y la literatura. Aspectos que no debemos olvidar para centrar debidamente su personalidad.

El *Diccionario Espasa*, en la página 243 del apéndice correspondiente a los años 1942-44, dice al hacer su biografía: «Pintora y danzarina española que nació en Sabadell (Barcelona) en 1906. Discípula de Gimeno y de Vilá Arrufat, presentó su primera exposición en 1930, despertando gran curiosidad los asuntos y técnicas de sus pinturas. Dotada de gran talento e inquieto temperamento artístico, hizo un acabado estudio de las danzas regionales, en cuya ejecución se especializó interpretándolas de modo personalísimo y original. Además de danzarina ha demostrado igualmente sus dotes de escritora en distintas piezas literarias, no siéndole tampoco ajeno el arte de la decoración, en el cual ha descollado

asimismo. Sobresale como pintora y dibujante, y, sobre todo, sus marinas y escenas de la vida marinera, producto de un detallado y vivido estudio, son de excepcional factura».

María Teresa Bedós ha hecho numerosos apuntes de nuestra provincia y le interesan mucho los mapas de las rutas cabañeras. Le atrae el Altoaragón por sus ocres y negros que Beulas ha sabido recoger en sus paisajes extraordinarios.

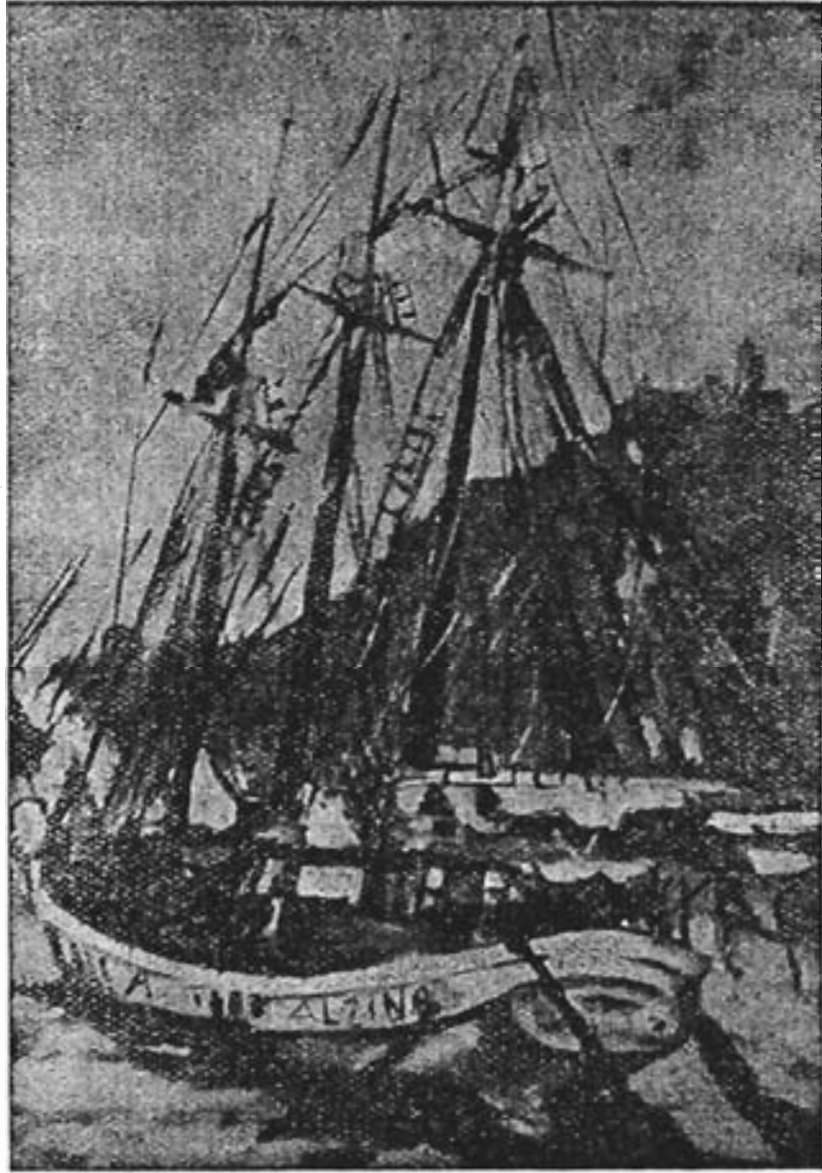
Su visión humana no deja, también, de ser interesante. Copiamos unas cuartillas que escribió hace unos años, evocando sus andanzas. Es la escritora, ahora, quien mira al Altoaragón: «Caminando entre Radiquero, Alberuela de la Liena, Adahuesca, en este pequeño círculo, se tiene la sensación, casi real, de encontrarse en Mallorca—escribe—. El mismo panorama, la misma luz, la misma vegetación, las mismas plantaciones; el color rojo de la tierra, el gris de los olivos, verde suave en los almendros; bueyes lentos; vides; rebaños... Pasa el hombre, serio, digno, limpiísimo. De las casas salen ovejas, con alegre trote. Después, cabras siguiendo a su pastor y las reses, apretadas, entre los muros blasonados. Aquí se vive en la eternidad; aquí, por la noche, alrededor de los grandes lares, las gentes os repiten aforismos que fueron de Gracián... Su filosofía es verbal, como lo fue la de sus antepasados. Las mujeres hilan, cardan y tejen con un ritmo lento que nunca para y siempre rinde. El alma camina al compás del cuerpo. El hombre es el jefe y es él quien con su autoridad protege y ampara a la familia; es él quien con sus caballerías sube el agua hasta su casa. Sus luchas y fatigas son naturales. Creo que el aragonés debe su gran nobleza a esta clase de obstáculos. Sus leyes son deberes; son aún los de jefe y protector. En todas partes encontré protección y respeto, y comprendía claramente cómo pudo la santa de Avila echar a andar sencillamente. No iba sola, estaba bajo la protección de este gran sentido del deber. La visión de Alquézar y sus acantilados, impresiona. Se comprende que dentro de aquel recinto bien protegido de montañas, pudieran vivir generaciones enteras sin salir de su mundo. Al entrar en el pueblo y hablar con los indígenas, comprendí que antes fuera un reducto aislado. Las mujeres y los hombres, de ojos oblicuos y pómulos salientes, solían hablarme con cariño. Mi alma no pudo quedarse atrás».

Buscamos el diálogo rápido. El personaje, hoy, se presta. Tema: pintura y danza.

—Todas las escuelas poseen algo bueno. Lo difícil es saber verlo. Los cromos existen en abstracto y figurativo—me dice.

Su aspecto es delicado, de mujer sensible y refinada.

—Gimeno fue maestro suyo, ¿qué buscó en él, su pensamiento o su técnica?



Puerto de Blanes,
obra original de María Teresa Bedós

—Su puritanismo. La técnica varía según la época. Es como un camino para expresar nuestra verdad. Gimeno fue un impresionista y usó de la pincelada corta y rápida, cruzada. Muy útil para plasmar la luz y el color. Era el ideal que perseguía esa tendencia o escuela. Hoy nuestra búsqueda es más abstracta y por rara consecuencia nuestros afanes van dirigidos a encontrar diferentes calidades en la materia.

—Usted es sensible a un tema que ha ocupado casi toda su producción: el mar. Nació en Sabadell y se ha especializado en marinas...

—Pinto el mar porque vivo delante de él. Me atrae el movimiento, el misterio de ese movimiento. Lo prefiero en su máxima expresión: en tempestad. Pero también me seducen las dilatadas tierras y su inmovilidad.

—¿Presente o pasado?

—Siempre. Creo que el mundo es un gran todo, donde el tiempo no existe.

—¿Hay egoísmo en su vida?

—No. Este es mi principal defecto y principal estorbo.

—¿En su pintura, medita o improvisa?

—Medito mucho, pero improviso mucho más.

—¿Por qué busca el camino de en medio, el entronque de la tradición pictórica con un esquematismo que me recuerda a veces a Emil Nolde o a Nisch Kohn?

—Quiero abarcar y estar dentro de este gran todo.

—Por la fuerza de algunas de sus obras no se la puede acusar de pintora femenina, blanda... Sin embargo, cuando quiere, deja ternura. ¿Por qué?

—Dijeron que pintaba como un hombre y bailaba como una mujer. Quizás sea porque en pintura, siendo un gráfico, uno expresa lo que ama, y en cambio, en el baile, trasciende nuestro ser.

María Teresa Bedós de Núñez tiene en sus manos una carpeta llena de dibujos y apuntes.

—Estoy pintando la capilla de San Juan de Blanes—dice—. Pinté también el altar de la capilla de la Sagrada Familia, en Blanes, y varios murales en casas particulares. En la pintura al fresco sigo el sistema de trabajar los proyectos y dibujos durante meses y pasarlos a la pared en pocas horas. Así el trabajo tiene más unidad, conservando una impresión de espontaneidad.

—¿Qué es para usted la danza?

—Para mí tiene tres aspectos: primero, *Corralaza*, o sea, tal como se baila en las plazas y romerías; segundo, *Folklore academizado*, y tercero,



Oleo de María Teresa Bedós

Clásico (alta escuela). Lucho para conservar la virginidad del baile amateur a través de una dura disciplina. Todos los caminos son respetables, pero lo que falla es el hombre.

—¿Cree que está alterado hoy el folklore hispano?

—Encuentro el baile español adulterado. El academizado, está momificado, repetido. Es aquel folklore vulgar, de mal gusto. Falta como siempre, en nuestra época, el gran y justo término medio. El mundo actual tiende demasiado al genio. Hay que volver a san Agustín, con su *Ama y Camina*. El mundo tiende al salto, por eso se cae tan a menudo de cabeza...

—¿El arte nuevo, tiende a la deshumanización del arte?

—Hablando desde el punto de vista del arte nuevo, fue una reacción. Durante siglos se pintó la figura humana, el paisaje preciosista, olvidándose del *ser*. Por necesidad de renovación, de vitalización, se buscó la síntesis. El hallazgo de nuevas materias y efectos. Creo que lo interesante de toda creación es la fuerza vital que encierra en sí, aunque la obra inmediata sea un horror...

Su pensamiento enlaza con la obra concebida últimamente. No es pintura excesivamente vanguardista. Sí distinta a la de la época en que se formó. María Teresa Bedós, audaz o declaradamente romántica, es una gran pintora.

FÉLIX FERRER GIMENO